

que ocurra siempre. Pero, no se olvide el poeta: Apolo es el dios que liba la ambrosía. Dionisos es... tan sólo el vendimiador.

**POETA MARÍA PILAR LÓPEZ,
VIDA Y OBRA**



Andrés Salom

Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1992.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

UNA vida se vive una sola vez, sin embargo, se necesitan muchas vidas para contarla, quizá porque toda interpretación es fábula y la fábula tiende al infinito. ¿Cuál ha sido, hasta hoy, la vida de Pilar López?, ¿sus versos, qué nos dicen?... Todo se multiplica en boca de los que hablan, se corre el riesgo de perder el hilo que enlaza los sucesos.

Escribir la historia de una vida es un ejercicio casi siempre condenado al fracaso, a no ser que, el biógrafo, sea alguien que, como Andrés Salom, por ciencia y conciencia, recele del culto a la personalidad; y, ya de vuelta, cuando la historia es algo de lo que podemos dar cuenta, convencido de que la vida ha quedado atrapada en la palabra del otro, se limita a acompañar al lector por los textos de Pilar, páginas serenas en la prosa, apasionadas en el poema.

Labor de guía, no tanto porque señala y selecciona aquello que debemos leer, sino porque busca el tono, da a la anécdota la dimensión justa que el destino requiere.

Parafraseando a Miguel Espinosa recordaré que toda biografía comienza por el final, así ocurre que, aceptada la condición de fragmento que la vida tiene, cobra la transparencia de la lucidez. Meta que, aunque rara, puede ser alcanzada, si a la verdad se llega en compañía de la belleza.

Pilar ha vivido en un pueblo que se halla entre dos ramblas, la del Judío y la del Moro, y si la geografía fuese verdad, la verdad sería una contradicción, la misma en la que se fundamenta la vida.

Independiente y soñadora, mujer libre, cerca-

da por prejuicios, normas y rutinas, se ha hecho con los otros un lugar en el mundo; un mundo no mejor ni peor, pero en el que es bueno sentir con los demás la fuerza de la vida, esa corriente oscura que arrasa cuanto toca, y que a nadie le es dado contemplar desde la orilla.

A menudo, como confiesa el autor, antes que biografía resulta autobiografía, y lo es por doble motivo: unas veces, porque asistimos al sereno relato directo de Pilar, otras, porque el biógrafo refiere sus impresiones al conocer la personalidad de la poeta.

¿Qué descubre Andrés Salom en Pilar López? El milagro de la vida, con Pilar estamos en presencia de alguien que no teme al mundo, alguien que se entrega y, porque da, nos regala la vida.

Con pocos datos, pero suficientes, asistimos a los sucesos que han conformado los últimos sesenta años, en una familia, en una calle, en un pueblo, esto es, en el mundo. Así guerra civil, larguísima posguerra y transición, enmarcados en Cieza-Madrid-Murcia; más una constante, la necesidad de dejar su testimonio, ya en prosa, ya en verso.

La amenidad novelada con que cuenta Salom contribuye a que el lector, tras la lectura, ganado por la vida que ha sido presentada, sepa con toda certeza que, ahora, Pilar, vive más cerca.

El libro comienza con un prólogo de Aurelio Guirao que, perfecta pieza crítica, dispone al lector, y le advierte de los peligros que la biografía sortea; así, de nuevo, sin caer en la tentación de agregar un punto a la historia, la vida continúa su relato.

Una vida que deseo larga a Pilar y Andrés.

LA MUJER DE LA MECEDORA



Rubén Castillo Gallego

Excmo. Ayuntamiento de Valladolid, 1992

PASCUAL GARCÍA

ESTE hermoso trabajo literario, galardonado con el XXXVIII Premio «Ateneo-Ciudad de Valladolid» de Novela Corta (1991), aborda de manera valiente una zona de la memoria particularmente dolorosa para su autor. Desde sus primeras decla-

raciones a la prensa conocemos, en efecto, la ligazón personal que une a R. Castillo Gallego con el personaje central de su obra. Nos sorprende, por tanto, la sabiduría narrativa con que ha sido capaz de encarar un tema difícil y resbaladizo.

Variados y justos son, a mi parecer, los méritos de esta novela. No sólo por lo que tiene de elegía generosa por la muerte de un ser querido, sino también por la capacidad verista de contar, desde la ausencia y la distancia, los últimos pensamientos y recuerdos de Esperanza, la mujer de la mecedora.

Con un argumento mínimo y un lenguaje poderoso y sugerente se nos muestra el corazón de una mujer desgastada, que conoce la cercanía de su final. Desde la mecedora o desde la cama, Esperanza recrea ciertos aspectos de su vida, donde la nostalgia por el pasado y por su tierra, el amor por su sobrino Rubén y el estado de postración en que se halla constituyen sus obsesiones fundamentales. Nada más acertado, entonces, que el monólogo interior, la condensación poética y un medido intimismo, que nos adentra en los pormenores sentimentales de una mujer entristecida, alejada de la tierra que la vio nacer y próxima a la muerte.

También la tercera persona del escritor está presente en este conmovedor ejercicio de la memoria. La alternancia de diversos recursos literarios, los saltos en el tiempo, la inserción de cartas, la prolija utilización de motivos que propician el recuerdo: la música de Verdi, un álbum de fotografías, atenúan la lentitud de una ficción densa, donde la peripecia es únicamente interior. Del mismo modo los capítulos son breves, los períodos oracionales largos, la recreación de imágenes continua: «Los ojos le escuecen, peces amargos instalados bajo sus cejas, demonios encendidos que le hacen arder las cuencas profundas, tizones de un carbón combustible que se apaga con el paso del tiempo».

He ahí la clave de toda la novela: el implacable transcurrir de las horas y de los días; la endemoniada espera de la mujer casi inmóvil aventando un pasado feliz, que parece escapársele de sus manos sarmentosas, aposentada en ese vaivén isócrono de la mecedora, con el que el escritor ha conseguido de forma magistral parar

el tiempo, espesar el aire apagado de la estancia, disolver un futuro nefasto en el balance estremecido del ayer. Tono, por tanto, estático y extático. Ritmo de balanceo temporal. Elaboración cuidada de cada uno de esos pequeños capítulos, casi cerrados en sí mismos, en los que el autor hace un esfuerzo de penetración psicológica y crea un personaje convincente.

Nos encontramos, pues, ante una novela bien hecha, construida con un lenguaje rico y exuberante, y de extensión apropiada. El que leyere «La mujer de la mecedora» sentirá seguramente que la muerte es una intrusa inevitable. R. Castillo Gallego comparte con D. Jorge Manrique la misma angustia, porque, como él, ha sido capaz de trascender lo anecdótico de una historia personal y convertir a ésta en símbolo. Sabe, también, que la actitud de Esperanza es la única posible, la más digna. De manera que el final llega con la suavidad de un bálsamo: «Pensó la tata en su vaso de agua sobre la mesilla de noche, y no supo quién la bebería...» No desvelemos, sin embargo, la gracia de su remate. Dejemos que el lector abra este libro con la conciencia de que todo lo que hay en él le pertenece. ¡Ojalá acierte a disfrutar de él de la forma en que lo ha hecho quien esto firma!

UN LUGAR PARECIDO AL PARAÍSO



Antonio Rodríguez Almodóvar

Barcelona, 1991

JUAN F. ÁLVAREZ MACÍAS

LA última obra de Rodríguez Almodóvar se inscribe en la expresión narrativa propia de la novela. La verosimilitud de los acontecimientos, alejada de la fantasía característica de los cuentos, y el modo en que aparecen labrados las bases ideológicas y los componentes estructurales del libro, determinan de manera evidente su género. Semejante precisión es necesaria en el caso de este autor, cuya firma suele asociarse a sus importantes investigaciones sobre los cuentos populares españoles. También puede distorsionar la clasificación de la obra el nombre del premio con que ha sido galardonada (Premio Internacional de